

ría Suarez, saliesen á batir á los enemigos por un flanco, y que hiciese lo mismo la compañía de Galeana, á las órdenes del capitán Don Carlos Haizt. Al mismo tiempo, Comonfort cuidaba de que el fuego de las baterías no cesara un momento, para proteger los fortines, llegando su actividad hasta el punto de ayudar él mismo á cargar y disparar las piezas, por la escasez de artilleros.

Reñido fué el combate durante cuatro horas, porque los de Santa-Anna atacaban con brío, y los de Comonfort se defendían valerosamente; pero al cabo de aquel tiempo, y ya bien entrado el día, la columna de ataque estaba destrozada. Una parte de ella se retiró hácia la ciudad, pero las guerrillas enviadas por Comonfort la desalojaron de allí, y la persiguieron tenazmente hasta que se perdió por los cerros vecinos al campo de Santa-Anna.

Corta fué la pérdida de hombres por una y otra parte, aunque los defensores cogieron un gran número de prisioneros que fueron llevados á la fortaleza. Pero realmente Santa-Anna perdió allí su poder, puesto que teniendo tanta gente á su disposición, determinó retirarse después de esta infructuosa tentativa, delante de los vacilantes muros de San Diego, defendidos por menos de 500 hombres.

El mismo día 20, á las cuatro de la tarde, se presentó en la fortaleza el general Don Manuel Céspedes como parlamentario, en compañía de Don José Gener, empleado de la casa de Escandón, llevando un oficio del general Santa-Anna, en el cual se intimaba la rendición del castillo en el término de doce horas, bajo el concepto de que sería tomado á viva fuerza en caso contrario. Comonfort se negó á recibir aquella comunicación; y á las instancias que Céspedes le hacía para ello, y á las primeras indicaciones de transacción que aventuró, respondió con amable urbanidad pero con entereza: “señor general, yo no puedo recibir ese oficio ni oír proposición alguna de transacción sin “prévio permiso del Sr. Alvarez, que es nuestro general en jefe: le daré parte de todo, y veremos. Entre “tanto, quedan por mi parte abiertas las hostilidades, “y puede Vd. decir al general Santa-Anna que ataque cuando guste la fortaleza, en el concepto de que “nosotros la hemos de defender á todo trance.”

Esta respuesta era tan categórica, que el parlamentario conoció la inutilidad de insistir más en el asunto. Tenían, sin embargo, todavía Céspedes y Gener un recurso harto poderoso para tentar la entereza de Comonfort, y empezaron diestramente á ponerle en práctica, conforme á las instrucciones que se les habían dado. Hablaron del poder del gobierno, reconocido por

toda la nacion, y aceptado hasta por sus mismos adversarios políticos; ponderaron con juicio los estragos de las revoluciones, el poco fruto de la sangre que en ellas se derrama, y la ninguna gloria que resulta de sacrificarse en ellas; dijeron que la iniciada en el Sur no tenia probabilidades de triunfo, supuesto que en ningun punto de la República, fuera de allí, habia sido secundada; y viniendo á parar en hacer una comparacion entre las fuerzas que tenia Santa-Anna sobre Acapulco, y las que defendian la plaza, concluyeron diciendo que era una locura resignarse á perecer allí con un puñado de hombres, cuando el Sr. Comonfort podia quedar bien con su patria y con su conciencia, aceptando propuestas honoríficas que le haria el gobierno para que abandonase una empresa desesperada.

Estas indicaciones habian sido hechas con tanta cortesía y tanto decoro, que el gobernador de Acapulco, aunque se apresuró á rechazarlas, no encontró razon para enojarse por ellas. Hubo, pues, lugar para que los dos enviados del campo de Santa-Anna, se esplayaran mas en la conversacion sobre las circunstancias del país, el estado de la revolucion, los sacrificios que se habian hecho por ella y los recursos con que contaba. Supieron que Comonfort habia gastado ya en aquella fecha, cerca de cincuenta mil pesos de su peculio y de su crédito; y entonces, tomando Ge-

ner la palabra, dijo que tenia orden de poner á disposicion del gobernador de Acapulco la cantidad de cien mil pesos, para que cubriera los compromisos que en la empresa habia contraido, y como una indemnizacion de los gastos y sacrificios que habia hecho por ella; que aquella suma, garantizada por la casa de Escandon, se pondria en el punto que el Sr. Comonfort designase, dentro ó fuera de la República, en la inteligencia de que él podria vivir libremente en su patria ó en el extranjero, honrado siempre por el gobierno de su país, y mereciendo la gratitud de sus conciudadanos, á quienes habria libertado de una guerra civil, interminable y desastrosa. Gener dijo tambien que podria Comonfort continuar en Acapulco con el mismo destino de gobernador y comandante principal de la demarcacion.

Comonfort respondió:

“ Agradezco al general Santa-Anna esas ofertas; “ mas no puedo admitirlas, porque no he de faltar á “ los compromisos que me ligan con la revolucion, ni “ á los de la amistad que tengo con el Sr. general Al- “ varez.

—“ Bueno fuera eso,” replicaron Céspedes y Gener, “ si el general Alvarez hubiera de auxiliar á Vd. en “ el trance en que se verá muy pronto; pero sabemos

“de positivo que no ha de venir en auxilio de Vd., porque ni piensa en ello, ni podría hacerlo aunque lo intentara, estando de por medio un ejército de cerca de seis mil hombres, que ha de estorbárselo.”

—“Yo sé que vendrá,” repuso Comonfort con seguro acento; y viendo que la conversacion se prolongaba demasiado, añadió para terminarla: “es en vano insistir en ello: mi conciencia de ciudadano y de amigo, me prohíbe abandonar una causa que he jurado sostener en union de mis compañeros; y si pezo en la demanda, llevaré al sepulcro el consuelo de haber sacrificado mi vida en las aras de la patria y de la libertad.”

Nada había que replicar á tan terminantes palabras; y Céspedes se retiró con su acompañante, despues de haber pedido que se le permitiera volver el dia siguiente, para saber el resultado del parte que el gobernador había de dirigir al general Alvarez; á lo cual accedió Comonfort, no sin advertir, que por su parte quedaban abiertas las hostilidades.

A las ocho de la noche, una pequeña fuerza destacada del campamento de Santa-Anna, avanzó por los Pozitos en ademan de internarse en la ciudad; pero advertido á tiempo por la incansable vigilancia del go-

bernador, mandó que los fortines hicieran fuego con dos piezas ligeras, y los enemigos tuvieron que retirarse.

El 21 á las cuatro de la tarde, sin que nada hubiera ocurrido en todo el dia, volvió á presentarse en la fortaleza el general Céspedes con otra comunicacion de Santa-Anna, que tampoco quiso recibir el gobernador. Céspedes pidió, sin embargo, á nombre de su jefe, que se suspendieran los fuegos hasta las seis de la mañana del siguiente dia, porque á aquella hora se esperaba la respuesta del general Alvarez, á una comunicacion que se le había dirigido; á lo cual accedió Comonfort, en tanto que las fuerzas enemigas no hicieran movimiento alguno, pues de lo contrario, él no podría abstenerse de batirlas.

Por la noche, un bote de los buques de guerra que bloqueaban el puerto, se dirigió al Farellon, sin duda para llevar á Santa-Anna alguna comunicacion del comandante. Al regresar fué perseguido en un espacio de dos millas, por las falúas que al efecto envió el gobernador de la plaza, resultando heridos dos oficiales que iban en él, y algunos de la tripulacion.

Los dias 22 y 23 de Abril se pasaron sin que nada ocurriera de notable: el ejército de Santa-Anna en

sus posiciones sin hacer el menor movimiento, pero sufriendo una espantosa desercion; los defensores del castillo, esperando por momentos el ataque, pero maravillados de aquella inaccion incomprensible. El 24 se movió hácia Icacos una seccion de infantería, y el 25 Santa-Anna trasladó todo su campo de las Huertas á las lomas del Herrador, que son unas alturas mas retiradas aún de la plaza.

Comonfort no podia esplicarse aquello; y en cuanto cerró la noche, mandó una partida á las órdenes del capitán Don Juan Hernandez, para que reconociera la posicion del enemigo, y le hiciera fuego con el objeto de desvelarle y fatigarle. Hernandez cumplió bien las órdenes que llevaba: hizo fuego toda la noche al ejército, y se retiró antes de amanecer.

Apenas asomaba la aurora del 26 de Abril, cuando el campo de Santa-Anna se movió todo entero de las lomas del Herrador. Las familias de Acapulco se estremecieron, viendo llegada la hora de un ataque decisivo, y los intrépidos defensores de la fortaleza se prepararon á vencer ó morir como buenos. Lo último era lo mas probable: ¿quién resistía al empuje desesperado de mas de cinco mil hombres?

Comonfort observa desde lo mas alto de la fortaleza los movimientos de Santa-Anna, y no puede creer lo

que ven sus ojos: observa con mas atencion todavía, llama á sus amigos; y..... no hay duda, el ejército abandona sus posiciones, y se aleja de Acapulco. Manda una guerrilla exploradora: el capitán Hernandez que vá con ella, avanza por las Huertas, llega á las lomas del Herrador: todo estaba desierto. Santa-Anna habia levantado el campo, y se retiraba.

Un espectáculo horroroso heló la sangre en las venas de los valientes que formaban la partida exploradora. Pendientes de los árboles, y horriblemente desfigurados por las balas asesinas, estaban en una espesura del Herrador los cadáveres sangrientos de Indart y Vargas; veíanse á sus piés amontonadas en horrible confusion hediondas inmundicias, pedazos de entrañas y repugnantes osamentas; y esparcidos en torno de aquel monumento execrable, hallábanse diferentes ejemplares de las proclamas y otros documentos que los caudillos de la revolucion habian publicado en aquellos dias.

Los capitanes Indart y Vargas habian caido prisioneros en la accion del Coquillo el dia 13 de Abril, como ya se dijo antes. El 25 habia dispuesto el general Santa-Anna que se les formara causa; y habiendo sido condenados á muerte por el consejo de guerra, habian sido fusilados á las siete de la mañana del dia

26. Díjose que habia asistido á la ejecucion el mismo presidente de la República, acompañado de su estado mayor.

La precipitacion, la falta de formalidad, y la lijereza con que se instruyó la causa de estos desgraciados, se conocen á primera vista con solo mirar el cuaderno que se guarda en el ministerio de la guerra. Todo en aquellas actuaciones está revelando á la vez la violencia y la frialdad con que se arrastró al suplicio á dos prisioneros de guerra: hasta la mala letra de la sumaria, hasta las faltas de ortografía que se encuentran á montones en cada renglon, están diciendo á voces el menosprecio con que se vieron las fórmulas legales para quitar la vida á aquellos infelices.

Los soldados de Acapulco que los encontraron colgados en la enramada de la manera que se ha relatado, volvieron al puerto sobrecogidos de horror, á contar á sus compañeros el espectáculo que habian visto; y seguramente entonces renovaron el juramento que habian hecho, de no soltar las armas hasta no ver restablecidos en el gobierno de la República, los sentimientos de justicia, de humanidad y de civilizacion, que al parecer faltaban en el gobierno dictatorial.

La defensa de Acapulco será siempre un título de gloria para el general Comonfort. Encerrado en una

ciudad abierta y en un castillo desmantelado y viejo, casi sin víveres y sin municiones, con un puñado de hombres cuya mayor parte no tenian de soldados sino el valor y el denuedo, espera á pié firme á cinco mil combatientes, se bate con ellos como un leon, rechaza noblemente propuestas seductoras, da un golpe de muerte á la dictadura de Santa-Anna, y asegura á la revolucion un triunfo espléndido, haciéndola aparecer á los ojos del país y del mundo, noble por sus miras, heróica por sus hechos y poderosa por las virtudes de sus defensores.

Cuando Céspedes dijo á Comonfort que el general Alvarez no le daría auxilio, decia una verdad; y el gobernador de Acapulco lo sabia bien, cuando le contestó tan resueltamente que aquel auxilio llegaria. De manera que cuando Comonfort recibió al ejército á cañonazos, y le hostilizó con tanto arrojo, y le rechazó con tanto brío de sus murallas mal seguras, apenas debia abrigar la menor esperanza de buen éxito, no teniendo ni la décima parte de gente que sus enemigos, y constándole que no podia ser auxiliado. No fueron, pues, vanas palabras, sino palabras salidas del corazon, las que dijo al general Céspedes para poner fin á la primera conferencia: "...si perezco en la demanda, llevaré al sepulcro el consuelo de haber

“ sacrificado mi vida en las aras de la patria y de la libertad.”

Lástima fué que el general Alvarez no hubiera podido atacar, por hallarse enfermo, al ejército de Santa-Anna durante los siete días que estuvo sobre Acapulco, como fácilmente habría podido hacerse por la retaguardia y por los flancos, aprovechando los accidentes del terreno para tomar posiciones ventajosas. Si en la mañana del 20 de Abril, cuando la brigada de Costa Chica asaltaba el castillo de San Diego, hubiera atacado Alvarez al ejército enemigo en las Huertas, habría sido tan completa como segura la derrota de Santa-Anna; éste no habría vuelto á México, y se habría anticipado mas de un año el triunfo de la revolucion. ¡Cuánta sangre se habría ahorrado, y cuántas lágrimas! Pero el general Alvarez se hallaba postrado en cama por una enfermedad en las piernas, que no le permitió moverse en aquellos días.

Al retirarse el ejército de Santa-Anna, destrozó todas las rancherías de las inmediaciones de Acapulco, y redujo á escombros las poblaciones y haciendas que encontró al paso. Los pueblos de las Cruces, de la Venta, Dos-Arroyos, Cacahuatpec y algunos otros, fueron incendiados. Infinitas familias de aquellas aldeas, que habían huido á los montes, atemorizadas

por la guerra, se encontraron al volver, sin un techo en que abrigarse de la intemperie. Por muy comunes que sean en las guerras civiles estas venganzas, nunca la razon las puede disculpar, ni dejan de ser una ignominia para quien á ellas se abandona.

Las fuerzas del general Alvarez habían permanecido en unas alturas al N. E. de Acapulco, y como á cuatro leguas de aquel puerto, hasta el día 24, en que tuvo orden el general Moreno de ocupar con su brigada la garita del Poniente y la Poza de los Dragos, mientras que otras fuerzas se situaban en Pueblo Nuevo, Carabali y los Cajones. Alvarez había pensado atacar improvisamente al ejército de Santa-Anna en la noche del 26; pero cambió de pensamiento desde el 25, en vista de los movimientos que se notaron en el campo enemigo; y entonces dispuso que el general Moreno hostilizara á éste en su retirada, y que el coronel Don Encarnacion Alvarez se adelantara por la montaña con alguna fuerza para situarse en el Peregrino.

Lo hizo bien el general Moreno, pues que á escepcion de Venta Vieja, cuyo lugar incendió el ejército de Santa-Anna sin obstáculo alguno, le atacó con denuedo en todos los demas puntos del tránsito, haciéndole pagar bien caras las devastaciones del Egido, Cacahuatpec y Dos-Arroyos.

La retirada del ejército era penosa. El hambre y la sed devoraban al mismo tiempo á los hombres y á los animales. Por el camino iban dejando, como una cauda fatídica, un reguero de muertos, y de moribundos que preferían aguardar la muerte tendidos en el campo, á luchar con sus agonías. Los valientes del Sur los hostilizaban sin cesar, y en cada escaramuza veían los de Santa-Anna disminuir el número de sus compañeros y el escaso fondo de sus provisiones, que pasaban á manos de sus enemigos. La tenacidad de éstos, los ardores del clima, la desolacion de la tierra que iban pisando, y hasta el espectáculo de sus propios incendios, inspiraban sombrías reflexiones á los soldados del ejército de Santa-Anna, que sufrían, no obstante, con heroica resignacion todas aquellas penurias.

Así llegaron el 30 de Abril á las faldas del Peregrino, pico elevado que se levanta repentinamente sobre aquellas sierras, y que entonces debió parecer á los de Santa-Anna como el fantasma gigantesco que se apareció á los Lusitanos en el Cabo de las Tormentas para atajarles el paso.

La batalla del Peregrino, dada el dia 30 de Abril, fué una de las mas notables de la época, porque en ella perdió mucho el dictador, no obstante que se la

hizo pasar en el público por una gran victoria, y que como tal fué celebrada.

Empezaba á desfilar el ejército por la cuesta meridional de aquel cerro en la mañana del 30, cuando fué repentinamente detenido por el coronel Don Encarnacion Alvarez, que por el lado izquierdo del camino, y desde un parapeto que habia levantado á toda prisa en la cumbre, sostuvo contra él un fuego vivísimo por mas de tres horas, haciéndole retroceder tres veces, y obligándole á montar la artillería, cual si se tratara de dar una verdadera batalla.

Oyendo los tiros de cañon, el general Moreno que habia venido picando la retaguardia al ejército enemigo, apresuró el paso para llegar á tiempo en auxilio de sus compañeros, y lo consiguió precisamente cuando éstos acababan de suspender sus fuegos desde la cumbre. Moreno con los suyos quiso tomar las alturas de la Agua del Perro; pero los de Santa-Anna que se vieron de súbito amagados por la retaguardia, se apresuraron á ocupar aquel punto, y lo consiguieron por estar mas cerca que los otros. Desde allí y desde otras dos alturas que estaban á la izquierda, rompieron el fuego sobre las guerrillas de Moreno que se hallaban á la mitad de la cuesta. Este hizo entonces avanzar la seccion del centro á las órdenes del coronel Don Mi-

guel Garcia, y la de reserva mandada por el coronel Don Diego Alvarez; y empeñóse un combate que duró hora y media, y que, sostenido con ardor por las tropas del Sur, hizo que las de Santa-Anna abandonaran el ventajoso punto que tenian, retirándose á toda prisa hasta la venta de Peregrino, distante una legua del lugar del combate.

En esta refriega, el general Santa-Anna tuvo que montar á caballo y ganar á galope las alturas, para no caer en manos de las tropas que atacaron su retaguardia. Una parte de su caballería estaba en las casas de la Agua del Perro, y fué arrollada por las fuerzas de los coroneles Alvarez y Garcia, cuando llegaron allí persiguiendo al arma blanca á los enemigos que habian abandonado las alturas.

Santa-Anna perdió en esta jornada mas de trescientas sesenta bestias, la mayor parte cargadas de víveres, municiones, armas y equipajes, y entre ellas 24 caballos ensillados. El general Moreno dió algunos de estos animales á los vecinos de aquellas inmediaciones, y les cedió tambien los víveres que el ejército de Santa-Anna habia dejado esparcidos por el campo. ¡Bien lo necesitaban los pobres, pues todas sus habitaciones habian sido reducidas á cenizas!

El botin fué inmenso; y el general Santa-Anna, sin pensar siquiera en recobrarle, aunque su pérdida iba á aumentar enormemente los trabajos del ejército, continuó su retirada sin mas obstáculos hasta Chilpantzingo, adonde llegó el dia 4. De allí salió el 7, y en el paso del Mescala volvió á ser atacado por Don Faustino Villalva, perdiendo en la accion otras cien mulas cargadas de víveres y pertrechos, amen de varios muertos, prisioneros y heridos.

Por último, el 16 de Mayo entró el general Santa-Anna en la capital, de regreso de su espedicion al Sur, y pasó bajo un arco de triunfo.